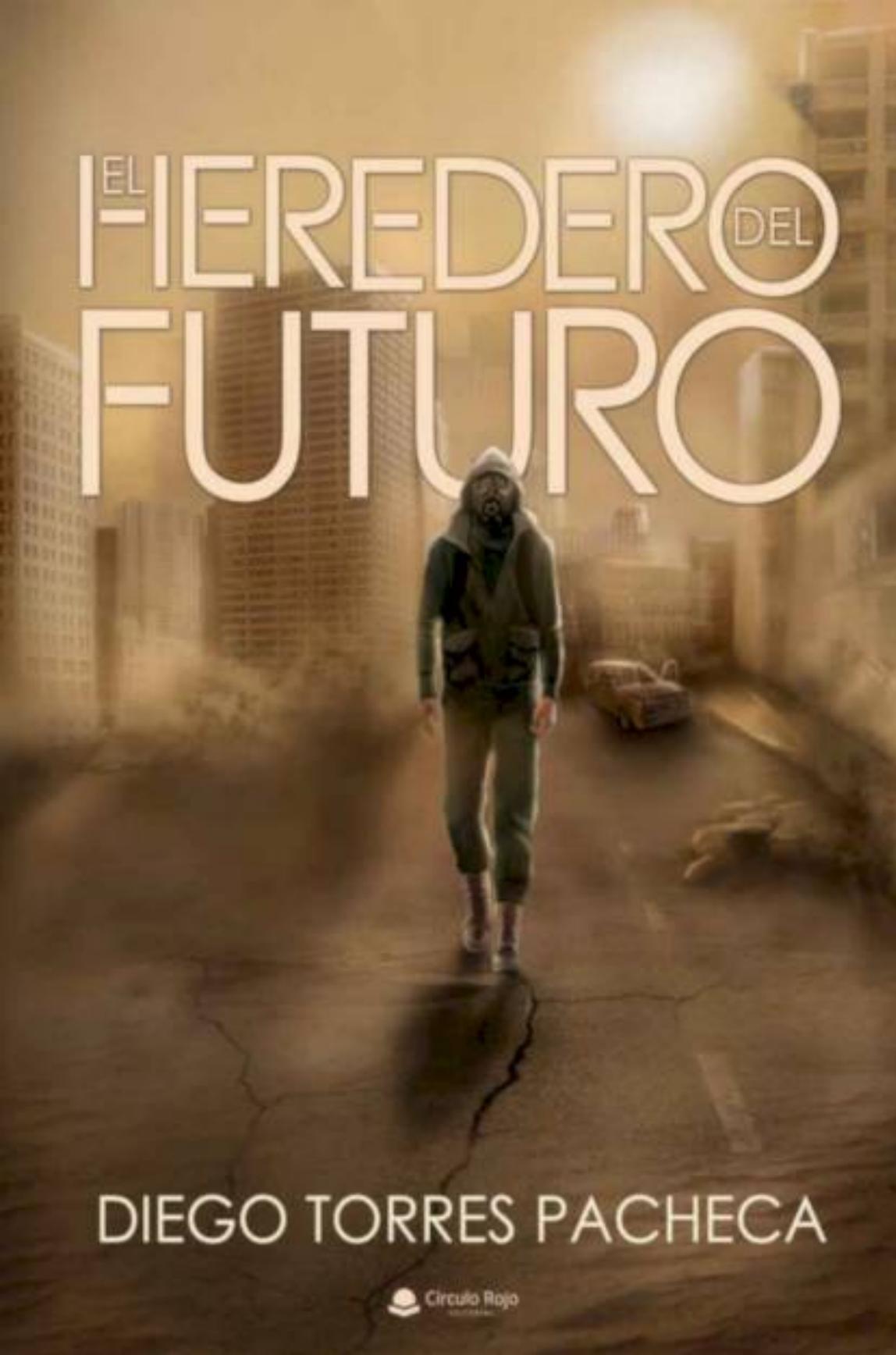


EL HEREDERO DEL FUTURO

A man wearing a dark hoodie and pants is walking towards the camera on a dark, wet street. The street is cracked and reflects the ambient light. In the background, there are tall buildings and a car parked on the side. The overall atmosphere is moody and urban.

DIEGO TORRES PACHECA

El heredero del futuro

Diego Torres Pacheca

Primera edición: mayo 2019

ISBN: 978-84-1331-429-7

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Diego Torres Pacheca

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Imagen de cubierta proporcionada por el autor

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

A mi familia

CAPÍTULO 1

EN LA ACTUALIDAD. AÑO 2045

*Vi un gran trono blanco y a alguien que estaba sentado en él.
De su presencia huyeron la tierra y el cielo, sin dejar rastro alguno.*

Mi nombre es Daniel. Tengo vagos recuerdos del pasado. Se los ha llevado el tiempo en el que he permanecido huyendo del yermo que nos rodea, buscando un lugar donde refugiarme. No recuerdo la edad que tengo, pero rondaré la treintena. Poco importa la edad que pueda tener, en este mundo lo realmente importante es continuar vivo y con ganas de seguir adelante. Muchos acontecimientos han ocurrido a lo largo de los años y todos y cada uno de ellos ayudaron a que todo se fuera a la mierda. También desconozco en qué mes estamos. Hace mucho tiempo que los calendarios dejaron de utilizarse porque ya no sirven para nada. No importa qué día será mañana. Solo es importante el presente y el día en el que vives, no puedes mirar más allá. La situación que me rodea ha hecho que madure rápidamente. Llevo años huyendo del horror radiactivo que asola nuestro planeta, y es algo que continuo haciendo a diario. Hay una obsesión en mi cabeza que no me permite pensar en nada más. Deseo encontrar un lugar seguro para poder sobrevivir y de eso ya queda poco o nada. No sé si llegaré a encontrarlo pero no pierdo la fe ni la esperanza. Sigo avanzando ante la adversidad e intento hallar vestigios de humanidad que convivan en total armonía sobre alguna zona segura en la que poder asentarme y continuar viviendo. Un grupo numeroso de personas que se encuentran en la misma situación, viajan conmigo. Todas mis pertenencias

son una garrafa de agua, pastillas potabilizadoras y botes de comida enlatada. Todo ello en el interior de una mochila desgastada por el roce y por el paso del tiempo. Sobre mi cuello cuelgan unos prismáticos para otear el horizonte y asegurar mi camino, ese camino que tiene más sombras que luces y en el que desconoces con qué te encontrarás mañana. El páramo en que se ha convertido el planeta no es seguro, y los pocos supervivientes que quedamos nos desplazamos con sumo cuidado. El mal acecha en cada esquina y espera pacientemente para encontrar a su siguiente víctima.

Visto un mono roído y pestilente y una máscara de protección que forman parte de mí durante muchas horas al día. Si no los usara enfermaría en un breve espacio de tiempo, como lo han hecho muchos a lo largo de todos estos años en los que la superficie se ha vuelto estéril, inhabitable e irrespirable. Antes, muchos acontecimientos han ocurrido sobre el planeta. Todos y cada uno de ellos fueron los responsables de exterminar casi en su totalidad a la raza humana, y el manto químico que pulula en el ambiente amenaza con hacerlo muy pronto. Los elegidos para habitarlo viajamos de un lado a otro, digiriendo el tiempo como podemos para lograr encontrar algún resquicio de lo que un día fue.

Desde la lejanía se puede observar lo que queda de las grandes ciudades. Se muestran devastadas y humeantes, y distan mucho de lo que un día fueron. En los días en los que el calor envuelve la atmósfera con su manto anaranjado se pueden divisar las alargadas sombras de sus imponentes torres, apuntando al cielo y permaneciendo impasibles al paso del tiempo. Bloques gigantescos de acero y hormigón que seguirán viendo pasar el tiempo sin apenas inmutarse. El paisaje que nos rodea es oscuro, tétrico y dantesco. Es una condena la que vivimos los elegidos. Es como ir de la mano del mismísimo diablo, apartando el mal a cada esquina de las desiertas avenidas de las grandes ciudades. En ellas solo encuentras muerte y desolación. Sobre las aceras de las grandes avenidas yacen miles de cadáve-

res en estado de descomposición, invadiendo los alrededores de malos olores y putrefacción. En algunos lugares, el olor a muerte es tan denso que puedes llegar a desmayarte. Las bacterias son los únicos seres vivos que se multiplican sin control sobre los cadáveres. Es peligroso acercarse a ellos debido a las enfermedades infecciosas que podrías contraer.

He visto morir a muchísimas personas en estos últimos años. La guerra absurda e innecesaria que libraron durante un tiempo varias potencias mundiales, fue el detonante del principio de la tragedia. Multitud de agentes químicos fueron vertidos a la atmósfera de forma indiscriminada durante los meses que duraron los bombardeos. Los científicos predijeron lo que ocurriría, pero sus informes llegaron demasiado tarde. No hubo marcha atrás. Miles de personas del planeta fallecieron aquejados de graves enfermedades respiratorias. Posteriormente, la pandemia del NHCongus1, un virus mortal aparecido en la República Democrática del Congo y que mutó de manera repentina en aves, terminó con la vida de millones de personas en un breve espacio de tiempo, hasta que milagrosamente hallaron una vacuna que consiguió frenar su infección por todo el planeta. Cuando parecía que todo se recuperaba lentamente a pesar de las numerosas bajas producidas, llegó el inesperado desplome económico a nivel mundial, lo que desestabilizó el sistema y propició la paralización de la industria y del conjunto nuclear de Estados Unidos. Los sistemas informáticos que controlaban el entramado nuclear desaparecieron por falta de liquidez. Cesadas las operaciones, se sucedieron los incendios y las explosiones descontroladas en el interior de las centrales nucleares. La contaminación radiactiva liberada a la atmósfera después de los accidentes de cada una de ellas, al cortar la energía que las alimentaba, terminó con casi la totalidad de la población mundial pasados unos años. Resulta aterrador tener a un enemigo invisible contra el que no se puede luchar de ninguna manera y sabes que tarde o temprano acabará con tu vida. Es imposible verlo, ni siquiera se puede palpar, pero está ahí, en el aire, y se

mantiene impasible ante el paso del tiempo. Es una amenaza etérea que te persigue y que seguirá pululando en el ambiente durante miles de años. Solo existe un muro infranqueable para poder luchar ante esa nube radiactiva, y es el subsuelo.

Los últimos moradores de las grandes urbes sucumbieron en su intento de frenar el avance incansable de la muerte, y terminaron sus días encerrados en edificios a la espera de que les llegara, de forma tranquila y súbita, la última de sus oraciones. Los elegidos nos erigimos como nómadas del tiempo sobreviviendo como podemos, en lugares insospechados y peligrosos que nunca hubiéramos imaginado poder habitar. Ha regresado a nosotros el instinto de sobrevivir, algo que había desaparecido hacía muchos años.

Los días se hacen muy largos. No sabes qué te puedes encontrar cuando cae el sol, que es cuando los pocos supervivientes que quedamos podemos salir al exterior para no morir de un golpe de calor o deshidratados. Una vez ha oscurecido, llega el momento de arriesgarse. Nos ponemos nuestras protecciones y salimos. Realizamos escarceos por las calles sombrías y lúgubres de las ciudades para poder encontrar algún alimento. Entramos en el interior de las viviendas y buscamos por sus armarios y estanterías. Es sumamente arriesgado porque corres el peligro de ser atacado o devorado por otros supervivientes que se encuentran en la misma situación, pero es lo único que nos queda. Nos lleva muchas horas buscar comida enlatada por pueblos y ciudades. En la periferia y en las zonas alejadas de las grandes urbes todo es más fácil. Los cuerpos no se acumulan en las entradas de las casas, granjas o graneros. Además, utilizamos los pequeños cobertizos para refugiarnos en su interior durante varios días seguidos, para mantenernos alejados de la radiactividad existente. Sin embargo, cuando te desplazas a ciudades importantes y observas a su alrededor, puedes comprobar que continúan inmersas en el más oscuro ostracismo y plagadas de cadáveres por sus calles, plazas y comercios. Es muy complicado acceder a través de ellas y es necesario tomar más medidas de protección si ca-

be. En ocasiones tenemos la fortuna de encontrar botes de comida en conserva y en otras vuelves con las manos vacías, lamentándote de la mala suerte que has tenido. Intentamos no pensar en los días en los que no tenemos alimento debido a que han sido muchos y la costumbre lo termina convirtiendo en rutina. El cuerpo se ha acostumbrado a sufrir de dolor, de hambre y de resentimiento. Es algo crónico que pervive en nuestro interior y que nos ha hecho duros, muy duros. Desgraciadamente hemos aprendido a vivir con ello y lo vemos como algo normal en nuestro día a día.

Hay otros muchos peligros. Uno de ellos es el peor que te puedes encontrar. Si la suerte no te acompaña, puedes cruzarte con grupos de personas armadas que buscan alimento. Es meramente imposible poder luchar contra ellos porque son grupos numerosos perfectamente organizados. Han conseguido agruparse para poder luchar contra las adversidades, y se han hecho fuertes. Son bandas de caníbales que recorren el país de punta a punta buscando gasolina para poder desplazarse y alimento para subsistir. Si logran sorprenderte atravesando el páramo estás muerto. Te llevan como rehén y les sirves de alimento para varios días. El canibalismo, después de haberse erradicado durante cientos de años, ha regresado debido a la imperiosa necesidad de comer. Pero ya nos hemos acostumbrado a escuchar de otras bocas esas historias. Se trata de esquivarlos y tener la verdadera fortuna de no cruzarte con ellos. Solo hay dos obsesiones que quedan latentes entre los supervivientes, encontrar alimento y hallar un refugio seguro. Todo lo demás ha perdido importancia y tratamos de seguir sobreviviendo y de vivir el presente, huyendo de los peligros que nos rodean. El futuro es algo lejano y apenas pensamos en ello, pero en algún momento lo hacemos, cuando una pequeña esperanza nos invade en sueños, imaginando que un mundo mejor es posible.

Ya no se observan animales vivos en el exterior. Llevo años sin verlos. Se han debido de extinguir. No se ven pájaros surcando los cielos ni tampoco animales morando por las ciudades. Hace tiempo que las plantas han dejado de

brotar. Los cultivos han desaparecido. La extensa vegetación que nos rodeaba y nos proporcionaba oxígeno, ha quedado sumida en un cúmulo de árboles secos rodeados de hojarasca oscurecida por el calor y la contaminación. La ceniza producida por los grandes incendios que asolaron muchas de las ciudades del planeta lo cubre prácticamente todo. El horizonte que se divisa está seco y quemado por el sol, que aunque parezca más apagado, resulta abrasador. La atmósfera terrestre, al permanecer contaminada con materiales radiactivos, no permite pasar bien los rayos solares, pero los que consiguen atravesarla lo hacen con más fuerza y queman todo lo que se encuentran a su paso. Si te aventuras a salir a pleno sol, las graves quemaduras no tardan en aparecer sobre la piel. El exterior se ha convertido en un lugar en el que puedes permanecer muy pocas horas al día. El aire es irrespirable y el paisaje es sobrecogedor. Todo palidece y resulta difícil encontrar algo que tenga un color llamativo. Hace días que observo el horizonte y está tomando un color parduzco indescriptible, mostrándonos el futuro que nos espera.

El planeta se apaga poco a poco. La arenisca y la suave ceniza que todo lo ciega barren el asfalto agrietado y derretido de las carreteras. El terreno llano que antes reverdecía por temporadas, ahora se encuentra quebrado y hendidado por la intensa sequía que hace años se instaló en el planeta. Ya nada es lo que era. La mayoría de los ríos se han secado y los pocos que siguen llevando agua han dejado de tener peces, todos han desaparecido de la faz de la tierra. También se han contaminado los ríos subterráneos que antes emergían del subsuelo con agua cristalina y limpia. Los insectos que una vez poblaron las zonas húmedas buscaron refugio bajo tierra, y llegaron hasta donde el terreno les permitió, buscando algo de humedad para intentar sobrevivir. Se quedaron enterrados sobre una gruesa capa de barro seco y agrietado, olvidados para el resto de sus días. Jamás volverán a salir al exterior y difícilmente pueda volver a verse alguno sobre el planeta. Hoy por hoy puedo decir que se han extinguido para siempre.

Nos queda un haz de luz, una pequeña esperanza de que todo, volverá a ser como antes. No sé qué generación será la que vuelva a formar un nuevo mundo, pero estoy seguro de que volveremos a vivir sobre la superficie como siempre lo hemos hecho. No encontramos ninguna otra forma de poder animarnos entre nosotros y de pensar en algo a lo que aferrarnos. Es lo que nos queda para vivir el día a día como si nada hubiera pasado. Siendo sincero conmigo mismo, creo que el planeta tardará miles de años en recuperar el aspecto que tenía antes y en tener una atmósfera más limpia que la que tiene actualmente. Todo es cuestión de esperar, porque el tiempo es el único juez sobre la tierra. Sólo él nos mostrará el futuro, y el momento en el que ha de llegar. Ahora, solo podemos luchar contra las adversidades y seguir contando los días que nos quedan de vida.

Me he convertido en un nómada que marcha de un lugar a otro esquivando los peligros y agarrándome a lo que puedo para no caer en la depresión. Sigo avanzando sin rumbo hacia algún lugar seguro. Miro hacia atrás y me derrumbo pensando en todo lo bueno que tuvimos algún día. Es difícil entender cómo hemos llegado a la situación en la que nos encontramos. No supimos dar el valor suficiente al vergel sobre el que vivíamos, y ahora tenemos lo que no queríamos, el verdadero infierno en el que luchamos a diario por no morir. Marcho con un grupo de personas buenas que viajan como yo, hacia un lugar mejor. Nos llevamos bien y estamos seguros de lo que queremos. Avanzamos hacia un nuevo mundo. Uno que aún no conocemos y que nos permitirá empezar de cero. Nuestra aventura continúa más allá de las fronteras que nos hemos puesto algunos, concienciados de que hay un lugar mejor en el que se puede seguir viviendo lejos de la contaminación existente. Pero está en algún lugar lejano y el viaje puede hacernos sufrir un nuevo revés, uno capaz de terminar con todas nuestras esperanzas para siempre. Volveremos a ver nuevas personas, animales, plantas... y regresaremos con más fuerza que nunca. Este legado que hemos heredado no lo queremos. Hubo un día en el que fuimos felices y nos imaginábamos

un futuro mejor. Permanecemos rodeados de tecnologías que nos hacían la vida más fácil y de avances médicos que hicieron que la esperanza de vida aumentara de forma considerable. Pero ya no queda nada de eso. Todo terminó hace unos años y sufrimos las consecuencias de la toma de decisiones equivocadas por determinadas personas. Hay algo que me pregunto una y otra vez, ¿tantas barbaridades hemos cometido como para merecer esto? Pero lo que no podemos hacer es quedarnos parados esperando a que algo mejor llegue a nosotros solo. Eso no llegará. Sobre el planeta no hay un dios verdadero que te ayude y se aferre a tu mano para salir adelante. Hay que partir para buscarlo y al final lo encontraremos. Nos quedan pocas fuerzas pero las utilizaremos para luchar un día más.

Sorprendentemente, mi padre, antes de morir, me dejó un legado que hará renacer de las cenizas a la humanidad. Sólo unos pocos lo conocen y saben que probablemente se pueda cambiar el curso del destino y dejar una puerta abierta al nuevo mundo. Hay herencias que duelen debido a las ausencias que dejan, pero hay otras que animan a seguir luchando por el día a día, aunque lo hagan repletas de incógnitas y secretos de lo que acontecerá en el futuro. Soy el elegido y el heredero del futuro, y lucharé por mantener intacto ese legado.

CAPÍTULO 2

QUÉ FUE DEL PASADO (I)

A pesar de haber permanecido en un círculo seguro, hemos escuchado un grito de espanto.

No hay paz, sino terror. Estábamos apercebidos, pero no lo tomamos en serio y ahora lo pagamos.

Todo parecía normal hacia el año 2030, cuando el conjunto de los países más poderosos respiraban una calma inusual que había conseguido alargarse más de una década. Jamás había existido semejante equilibrio. Los habitantes del planeta se habían acostumbrado a vivir de una manera tranquila, pacífica y dialogante. Las relaciones entre las naciones eran inmejorables y existía un objetivo común: el bienestar de todos y cada uno de los habitantes de la tierra. Siempre aparecían focos que se escapaban a esa normalidad entre los países más pobres, pero recibían ayudas efímeras de las potencias más desarrolladas y permanecían en silencio y en calma, a la espera de que en los años venideros pudieran resurgir de sus cenizas.

Se lograron avances espectaculares en el campo biogénético y celular. También se consiguió controlar la plaga mortal de los últimos cien años, el cáncer. Los laboratorios farmacéuticos se especializaron en realizar estudios genéticos y cromosómicos individuales. A través de la sangre se conocía el tipo de secuencia genética de toda la población. Bastaba con tomar unas cápsulas específicas y con unas sencillas pruebas se conseguían las secuencias de cada persona. Nuestras vidas iban encaminadas a vivir más y más años. Pasaríamos de los cien años de edad sin problemas

importantes de salud. También los avances médicos habían llegado hasta los hogares y los hospitales solo eran visitados por enfermos graves y terminales. Casi toda la población mundial tenía acceso a esos avances y tenían medicinas individualizadas para cada una de sus dolencias. Nuestros estudios genéticos nos mostraban los problemas coronarios que tendríamos en un futuro y a qué edad nos afectarían. Desapareció la fecha de caducidad de las medicinas. Los principios activos eran tan puros y estaban tan bien definidos que no se temía por la pérdida de efectividad. Teníamos armarios llenos de botes de comprimidos con las fechas impresas de cuándo tendríamos que tomarlas. Todo estaba planificado gracias a los datos cromosómicos y genéticos que teníamos, y que año tras año renovábamos para poder vigilar cualquier desviación sufrida. Gracias a la tranquilidad que eso nos aportaba, las enfermedades psicológicas y psiquiátricas se esfumaron del planeta. Después de miles de años pudimos decir que lo habíamos conseguido casi todo.

Ya no era necesario realizar donaciones de sangre. La sangre artificial era un hecho y se fabricaba en el interior de varios laboratorios japoneses, después de realizar exhaustivos estudios sobre cientos de miles de personas. En un primer momento, los estados se mostraron reacios a la firma de los convenios farmacológicos, pero después de un tiempo dieron vía libre a los acuerdos para que todo el planeta pudiera beneficiarse. Después de los tratados, proliferaron las fábricas de sangre artificial por todo el planeta. Las tres cuartas partes de la población habían recibido transfusiones de sangre artificial sin necesidad de tomar ningún fármaco para que el cuerpo no la rechazara. Desgraciadamente, los continentes más pobres del planeta no tuvieron la misma suerte y no tenían dinero para pagar los tratamientos. Asia y África fueron los grandes olvidados de los avances que consiguieron implantar en el resto del mundo.

Los avances tecnológicos también superaron con creces lo imaginado años atrás y las casas eran ordenadores gigantes manejados por unos pequeños aparatos que nos

hacían la vida más fácil. Al frente de la tecnología se encontraba la compañía ULISES CORPORATION, que se había especializado en aportar comodidad a todos los hogares del mundo. La compañía creció de manera espectacular cuando sacó al mercado uno de sus mejores inventos. Fue uno de los más sonados en la última década y se llegaron a vender cerca de cien millones en todo el mundo. Se llamaban Wellfar o bola del bienestar. Desde ellos controlabas la temperatura de la casa, la alarma, la graduación de la luminosidad de las estancias, la hora de levantarse, la temperatura del agua de los grifos, la cantidad de comida que debías ingerir... La compañía formaba parte de la mayoría de los hogares a través de una gran cantidad de robots de limpieza y de módulos de seguridad en puertas y ventanas. En pocos años se había conseguido llegar a lo que los antepasados habían soñado, a una vida totalmente controlada por la tecnología en casi todos los hogares. Realizábamos escasos esfuerzos para llevar el control de todo lo que nos rodeaba. Por primera vez nos sentimos poderosos.

En el tema de los vehículos de transporte poco se había avanzado. Después de estar durante unos treinta años intentando implantar los vehículos eléctricos, se llegó a la conclusión de que el mantenimiento era bastante más costoso que el que se necesitaba para los vehículos de gasolina. Mucha culpa de aquello lo tuvo el descubrimiento de innumerables pozos petrolíferos sobre el Ártico. Las grandes compañías petrolíferas realizaron importantes esfuerzos económicos y habían dado sus frutos. Había combustible suficiente para cientos de años más, algo que ayudó al aumento de la contaminación y a la destrucción de la capa de ozono, hasta llegar a destruirla casi por completo.

Durante una década, muchos vehículos circularon sin conductor por las autopistas de diferentes países. Tampoco dieron buenos resultados. Los accidentes se producían a diario debido a los fallos de conexión y de software que se producían en las centralitas. Se dio marcha atrás y se terminaron prohibiendo. Se depositaron muchas esperanzas y